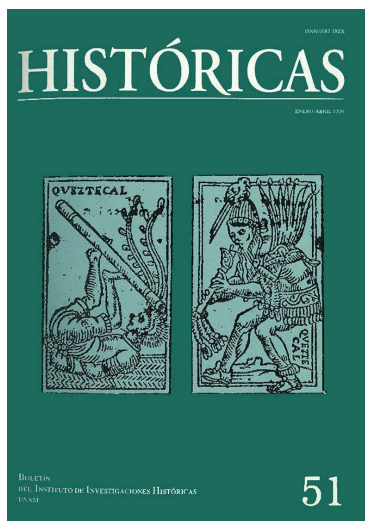




Artículo: Entrevista a Miguel León-Portilla

Autor(es): Salmeron, Alicia | | Speckman Guerra, Elisa

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 51

Año: 1998

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salmeron, Alicia y Elisa Speckman Guerra. "Entrevista a Miguel León-Portilla" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 51 (1998): p. 37-50. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3904>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Entrevista a Miguel León-Portilla*

Alicia Salmerón

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Elisa Speckman

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Celebramos esta entrevista con el doctor Miguel León-Portilla en enero de 1998, en la sede del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, su lugar de trabajo desde el año de 1963 y del cual ahora es investigador emérito. Estudioso de las culturas prehispánicas, se ha acercado a la visión del mundo, a la literatura y a la sabiduría de los pueblos indígenas a través de sus textos y de sus códices. Bajo su dirección se han formado varias generaciones de especialistas en ese campo y es autor de una treintena de libros y de más de 160 artículos. También ha dirigido instituciones comprometidas con los pueblos indígenas, como el Instituto Indigenista Interamericano, y con el estudio de su cultura, como el propio Instituto de Investigaciones Históricas.

La incesante labor de traducción, difusión e interpretación de los textos indígenas le ha valido un sinnúmero de distinciones, entre las que se cuentan su ingreso a El Colegio Nacional, la medalla Belisario Domínguez, el nombramiento como coordinador de la Comisión del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, el Premio Nacional de Ciencias Sociales, el Premio Universidad Nacional y los doctorados honoris causa de diversas universidades del mundo. Cronista de la ciudad de México y representante de nuestro país ante la UNESCO, el doctor Miguel León-Portilla ha llevado una vida de auténtica entrega al estudio y rescate de nuestra cultura.

Para iniciar esta entrevista deseamos preguntarle ¿cuáles han sido las principales personas, instituciones y libros que han influido en su formación?

Hay dos personas a las que considero maestros excepcionales: uno fue Manuel Gamio, iniciador de la moderna arqueología y, en general, de la antropología en

México, y con quien tuve ocasión de trabajar varios años en el Instituto Indigenista Interamericano. El otro fue Ángel María Garibay, un gran humanista, experto sobre todo en la lengua náhuatl y en sus textos.

Del primero —que era un hombre abierto, sencillo, realmente extraordinario— aprendí a interesarme no sólo por

* Agradecemos a Patricia González Hernández la transcripción de esta entrevista.

los antiguos textos y el pasado prehispánico sino, como decía él, por el indio vivo. Gamio, quien se había especializado en arqueología, hizo las primeras excavaciones estratigráficas en México, y fue él quien descubrió la Ciudadela, así como el recinto de Quetzalcóatl en Teotihuacan. Finalmente, se dedicó a los pueblos indígenas. Recientemente he mostrado en algunas conferencias y en un pequeño folleto que escribí, intitulado *Pueblos originarios y globalización* y que fue publicado el año pasado por El Colegio Nacional, que Gamio se adelantó a lo que hoy se pide por las comunidades indígenas, pues reconoció que tenían derecho a la autonomía, a tener representantes en los congresos locales y federales, a disponer de recursos para su desarrollo sustentable, y que podían exigir que se respetaran sus lenguas y se les abriera un espacio para el desarrollo de sus literaturas y sus formas de pensamiento.

Con Garibay, quien fue miembro del Instituto de Investigaciones Históricas, trabajé durante quince años, desde que lo conocí, a finales de 1952, hasta su muerte en 1967. Con él aprendí la lengua náhuatl y me inicié, para la preparación de lo que fue mi tesis de doctorado, que se tituló *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. Garibay poseía una preparación clásica extraordinaria, había estudiado griego, latín, hebreo, arameo y las lenguas modernas. Hubo quien le decía: para qué pierde usted el tiempo con esas tonterías de los indios cuando puede traducir del griego y del hebreo. Él contestaba que precisamente porque los textos que tenemos son comparables a los de esas culturas. Y no fue el primero en acercarse a estos documentos, lo habían hecho varios alemanes como Eduard Seler, Leonhard Schultze-Jena, Walter Lehmann y otros. Pero, a diferencia de ellos, Garibay trabajó con un enfoque humanista. Como dijo más tarde Rosario Castellanos, México no fue

ya el mismo después de los estudios de Garibay, los cuales enriquecieron a muchos investigadores.

Los dos fueron maestros excepcionales. Tuve otros con los que también, digamos, me mantuve en contacto. Como ejemplo, puedo referirme a Justino Fernández, quien fue director del Instituto de Investigaciones Estéticas. Me interesó mucho su tesis de doctorado: *Coatlícue y las ideas estéticas en el México prehispánico*. También contribuyeron poderosamente a mi acercamiento al mundo indígena antiguos colaboradores de Manuel Gamio, como Eduardo Noguera, quien más tarde fue investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas y después en el de Antropológicas. Con él —siendo yo todavía bastante joven, cuando la experiencia de ver cosas nuevas es maravillosa— tuve la oportunidad de visitar muchas de las zonas arqueológicas, y no pude haber tenido mejor guía.

En relación con las instituciones puedo decir que el centro principal en que yo me he formado ha sido la UNAM. Fui estudiante aquí y he sido por ya casi cuarenta y dos años investigador y profesor. Creo que es un privilegio enorme estar en la UNAM. Cuando veo estos jardines, este lugar paradisíaco, me pregunto ¿que habré hecho yo para ganarme esta maravilla en la tierra?

En lo que concierne a los libros que han influido en mí, es un mundo enorme; es imposible hacer un elenco. Pero puedo decir que yo también me asomé mucho a los clásicos, como decía el padre Garibay, a los clásicos inmortales. Siendo joven me impresionó mucho el teatro griego: Esquilo, Eurípides, Aristófanes, Sófocles. Leí también a los grandes historiadores romanos. Más tarde me interesé mucho por la filosofía y leí a los presocráticos, los *Diálogos* de Platón, parte de las obras de Aristóteles. Posteriormente, San Agustín me atrajo mucho. Y de los

pensadores recientes, para mí, Kant fue una revelación; me hizo ver cuáles son los límites del conocimiento humano y darme cuenta de que no podemos establecer juicios universales y necesarios, ni siquiera en las ciencias físicas. Influyó en mí; incluso, en cierto sentido, me hizo escéptico. De tal manera que, más tarde, cuando empecé a leer las traducciones de Garibay de la poesía náhuatl, ese mundo de símbolos de flor y canto, para mí, fue como una tabla de salvación, no lo vi en frío sino como algo que me interesaba mucho. Por último, hice mi tesis de maestría sobre *Las dos fuentes de la moral y la religión*, de Henri Bergson, quien es un filósofo muy interesante. La obra que estudié constituye una especie de acercamiento filosófico y científico —porque el autor también era biólogo— y también, en cierto sentido, antropológico y religioso. En ella, Bergson compara las religiones que llama estáticas con las que llama dinámicas; analiza el judaísmo, el cristianismo, el mahometismo, y ve que hay místicos; en fin, una serie de cosas muy interesantes. Esta lectura me preparó para recibir después el impacto de la cultura indígena.

En lo que concierne a historiadores modernos influyeron mucho en mí las obras de Marcel Bataillon y de Braudel. En general procuro seguir la producción reciente, tanto en la antropología como en la historia. No puedo leer todo lo que se produce, pero sí procuro estar un poco al tanto. En relación con pensadores radicados en México, tuve contacto con José Gaos, por ejemplo, y seguí con mucho interés lo que él estaba haciendo: preparar gente que volviera su atención hacia los grandes temas de la cultura y de la historia mexicanas. Tanto lo conocí que murió en mis brazos durante el examen de José María Muriá, en El Colegio de México.

Dicho así, en líneas generales, éstas han sido las personas, instituciones y li-

bros que han influido en mí, además obviamente de otras muchas creaciones en el mundo de la literatura.

Decía usted que, antes de que lo hiciera Ángel María Garibay, otros historiadores, entre ellos algunos alemanes, se habían acercado a textos en náhuatl, aunque desde otra perspectiva. ¿Podría abundar sobre este punto?

Además de los alemanes que se interesaron por los textos en náhuatl hubo historiadores de otras nacionalidades, por ejemplo, el francés Rémi Siméon, o algunos norteamericanos del siglo pasado, como Daniel Brinton. También participaron mexicanos, sobre todo Francisco del Paso y Troncoso. Pero, a pesar de que sus trabajos son sumamente valiosos, estos autores no vieron los textos que estudiaban como si fueran realmente creaciones literarias, sino como documentos etnológicos, de tal manera que en su acercamiento no había una experiencia vital profunda. En cambio, en Garibay sí la hay, pues se acercó a los textos en náhuatl como un enamorado de la cultura romana se puede acercar a Horacio, o como se puede acercar un amante de la cultura griega a la antología erótica. De esa forma se acercaba Garibay, y ése es su gran mérito. Inspirado por él, he trabajado siempre. Y quizá esto explique, en cierto grado al menos, por qué algunas de mis obras han interesado: no son trabajos creados con afán de erudición, o hechos por alguien que ve la cosa distante y ajena, sino que, a mi juicio, en ellos hay un legado de significación permanente que, además de ser parte de nuestras raíces, tiene un valor humano y, por tanto, universal.

La mejor prueba de esta universalidad es el interés que se ha despertado en los últimos años por estas literaturas indíge-

nas, no solamente la náhuatl sino las que hay en lenguas mayences y en otras. Es el otro único caso en la historia de la humanidad, fuera del Viejo Mundo, en que ha habido estas manifestaciones de creación que se plasman en una literatura y en libros prehispánicos. Cuando empecé a estudiar con Garibay, había en México a lo sumo cuatro o cinco personas que se dedicaban a esto: Wigberto Jiménez Moreno, con quien tuve amistad, pero que publicó poco sobre este tema; el profesor Dávila Garibi, que enseñaba etimología náhuatl, pero tampoco se acercó realmente a esto; Fernando Horcasitas, que después entró al Instituto de Investigaciones Históricas, y que sí publicó obras importantes, como *El teatro náhuatl*, que se editó cuando era yo director de la institución. En el extranjero también había muy pocos estudiosos de este campo. En Estados Unidos estaban dos, Arthur Anderson y Charles Dibble; el segundo todavía vive. Los dos son beneméritos. Habían estudiado un tiempo en México, con Garibay, y estaban muy influidos por él. A ellos se debe la magna edición del *Códice Florentino*. Pero en su acercamiento no procedían, puedo decirlo con todo respeto y se los dije a ellos una vez, con el afán de encontrar lo más humano de los textos. Hay varias anécdotas que lo muestran. Por ejemplo, su traducción del texto que habla de la figura del *tlamatini*, del sabio, que en náhuatl dice que es "*tlahuilli ocutl, tomahuac ocutl abpocyó [...], tlile, tlapalle, amuxhua, amoxe [...], tlayacauqui*". Traducido literalmente significa: "el sabio, una tea, una gruesa tea de ocote que no ahúma", y después dice: "de él son los libros, de él son los libros, de él es la tinta negra y roja, él es el que guía a los demás". Y ellos pusieron "the wise man is an exemplary man" (el hombre sabio es un hombre ejemplar). Como explicación de esto expresaron que Sylvanus G. Morley, quien les encomendó el tra-

bajo, les dijo que lo mejor era traducir de la forma más sencilla. A veces tenemos allí la sepultura de las metáforas. Todo esto lo digo con respeto, porque los admiro. Arthur Anderson colaboró con el Instituto, y le hemos publicado varias cosas: por ejemplo, el libro de *Adiciones, apéndice a la postilla y ejercicio cotidiano*, unos textos de Sahagún de tema religioso que nunca se habían publicado, y la edición que hizo de *Reglas de la lengua mexicana*, de Clavijero. Era un hombre extraordinario; a veces lo visitaba en su casa en San Diego, porque suelo ir de vez en cuando a Tijuana, al Instituto que se fundó cuando era yo director de Investigaciones Históricas, en colaboración con la Universidad Autónoma de Baja California. La última vez que lo vi tenía 89 años y le pregunté: ¿hasta cuándo vas a seguir trabajando? Señaló un cuadro de Sahagún, y me contestó: "como él, como él". Sahagún murió de 91 años y Anderson casi de 90. Es una figura excepcional, y tuvo varios discípulos en Estados Unidos.

A lo que quería llegar es a que, mientras antes existían pocos investigadores en este campo, hoy en día en Estados Unidos se estudia náhuatl por lo menos en veinticinco universidades. Ocurrió exactamente lo contrario que en la obra de teatro de Pirandello, que se titula *Seis personajes en busca de autor*. Legiones, centenares de norteamericanos estaban en busca de tema y de pronto se dieron cuenta de que aquí había una mina que no se iba a agotar nunca, textos coloniales y de todo tipo. Así, ahora hay varios investigadores de la cultura prehispánica, por ejemplo, James Lockhart, de la Universidad de California, quien fue alumno de Anderson y que tiene a su vez varios discípulos —por lo menos, media docena— que están trabajando en traducciones del náhuatl. Tenemos también a Frances Karttunen, en Texas, quien ha

hecho un diccionario nuevo siguiendo a Molina, pero sobre todo fijándose en los aspectos fonológicos de la lengua. Y así podríamos citar una serie de universidades que tienen gente que está investigando y dando clases de náhuatl. Otro tanto puedo decir de Europa: en Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Suecia, Inglaterra, España e Italia hay investigadores dedicados al tema. También en Japón e Israel. Es decir, muchos investigadores se han dado cuenta de que nuestra cultura es un legado abierto e interesantísimo. Así, se nota una diferencia enorme respecto de 1952, cuando empecé a trabajar con Garibay: en estos cuarenta y seis años ha habido una transformación del mundo. En México también se ve que cada día hay más interés por el tema. Simplemente, a mi seminario asisten una treintena de gentes en la actualidad. No digo que todos ellos van a convertirse en expertos, pero de este seminario ha salido mucha gente que se distingue por sus investigaciones.

En un artículo que publicó originalmente en el año 1967, en el Boletín de la Facultad de Letras de Estrasburgo, clamaba usted porque el México prehispánico tuviera un lugar en la cultura universal. La respuesta que dio a la pregunta anterior parecería indicar que este sitio se ha obtenido. ¿Podría ampliar un poco su reflexión en este punto?

En ese artículo, que después incorporé con modificaciones en el libro *Toltecayotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, planteaba la siguiente pregunta: ¿realmente Mesoamérica puede considerarse como un capítulo de la historia universal? Nuestra generación estudiaba la historia universal en textos publicados fuera del país, por ejemplo, en el libro de un francés de apellido Malet. Cuando el autor trataba el encuentro con el Nuevo Mundo lo veía com-

pletamente desde la perspectiva europea, específicamente la francesa. Así, sostenía que, a pesar de que España era un país atrasadísimo y fanático, trajo al Nuevo Mundo la civilización europea y el cristianismo, gracias a lo cual los pueblos salvajes que lo habitaban —que practicaban sacrificios humanos, eran antropófagos y sodométicos—, entraron por fin en la historia, tardíamente y poco, pero lo hicieron. Después de este episodio los libros no mencionaban más de América hasta la independencia de Estados Unidos. De la independencia de los demás países del continente decían poquísimo; el pasado de América Latina no formaba parte de la historia universal. Esto refleja la postura de Hegel, quien en sus lecciones de historia pregunta “¿y qué me diréis de América, ahí se ha manifestado la ‘Idea’ en su evolución?”, para contestar inmediatamente que no, pues considera que éstos no son más que eco de ecos de la vieja Europa, donde está la única historia que existe: la historia que arranca de Egipto y de Mesopotamia y después florece sobre todo en los pueblos germánicos.

En el artículo al que me refería inicialmente, planteo que Mesoamérica constituye una experiencia distinta, en la que también hubo una evolución, la cual puede documentarse y que arrancó a partir de las aldeas de gente recolectora-cazadora, pasó por la adopción de la agricultura y la aparición de la cerámica, vislumbró el protourbanismo y, después, presentó el surgimiento de un arte extraordinario y de grandes ciudades. Este proceso se inició con los olmecas para después irradiarse en las diversas zonas del altiplano, del área maya, del área de Oaxaca, del área del golfo de México y del Pacífico. Así, el periodo clásico cuenta con verdaderas ciudades; sabemos que Teotihuacan ocupaba más de 20 km² y que, en el siglo v, era más grande que Roma. Además, desde antes de la era cristiana,

existían la escritura y cálculos calendáricos muy precisos, hecho que se registra en las estelas de Monte Albán I, 600 años a. C.; en las estelas mayas, en que hay inscripciones que ahora se sabe que pueden ser leídas, o en los códices, algunos de los cuales fueron encontrados en entierros que datan del siglo v d. C. En suma, en Mesoamérica existen textos que registran una conciencia histórica. La prueba es que, cuando llegan los frailes españoles, los indígenas aprenden muy rápido a leer y a escribir, pues tenían una manera afin de escritura. Hay una anécdota interesantísima, que relata Pedro Mártir de Anglería, acerca de un indígena que, al sur de Nicaragua, en las fronteras de Mesoamérica, se encuentra a un español leyendo y le pregunta: "¿qué también ustedes tienen libros como nosotros?" Por eso, poco después de la conquista, a finales de la década de los años veinte, cientos de escribanos indígenas ya sabían escribir en su lengua. Esto continúa a lo largo de toda la época colonial. Había escribanos nahuas, incluso en lugares donde no se hablaba esa lengua, desde el sur de Durango hasta Guatemala, en la frontera con la zona yucateca.

En síntesis, Mesoamérica presenta una organización social, política, económica y religiosa muy compleja, y constituye una experiencia diferente de lo que le ocurrió al hombre en su aislamiento del Nuevo Mundo. En cierto sentido, es el otro único caso en la historia en que se registra este tipo de evolución, porque en el ámbito andino no se dio el registro histórico, los textos —aunque los cordeles de colores que se amarraban con nudos sirvieran para cierta memotecnía. Por ello, pienso que la experiencia mesoamericana tiene que interesar universalmente. Es como si supiéramos de repente que en otro planeta o en otro cuerpo celeste existiera otra civilización, nos interesaría muchísimo ver qué ha pasado allí. En con-

clusión, lo anterior muestra que evidentemente no se puede entender la historia universal sin esta otra experiencia: que tiene que lograr la atención de la humanidad entera.

El interés por conocer la experiencia mesoamericana va en aumento. Ya me referí a la atracción que actualmente despiertan los textos y los códices. Otra prueba es la reacción de los europeos cultos cuando se presenta en sus países una exposición arqueológica: en París, Roma y otras ciudades he visto cómo asisten multitudes a verlas. También tenemos el caso de los turistas franceses, italianos o alemanes que vienen a México no precisamente a las playas, pues les quedarían más cerca las de Menorca o las Islas Canarias, sino para visitar las grandes zonas arqueológicas. Por otro lado, muchos artistas, como Henry Moore, se han inspirado en el arte prehispánico. De modo que los europeos empiezan a darse cuenta de que aquí hay una experiencia extraordinaria.

Sin duda que las ideas de usted y sus obras han influido significativamente en este proceso. ¿Qué puede decirnos al respecto?

Creo que la aceptación y difusión de mis estudios quizá responde al hecho de que he trabajado siempre con un interés vital, derivado de mis propias inquietudes espirituales. Considero que la flor y el canto ofrecen una concepción estética del universo: de ahí su riqueza. Tal vez eso explique que los libros que publiqué, como *La filosofía náhuatl* que fue mi tesis, *Visión de los vencidos* o *Los antiguos mexicanos*, fueran bien recibidos y se empezaran a traducir. *La filosofía náhuatl* se tradujo al inglés, al alemán, al francés e incluso, sin saberlo yo, al ruso; *Visión de los vencidos* a otras muchas lenguas, incluyendo el método Braille. Una perso-

na que trabaja aquí, en el Instituto, me pidió que firmara un ejemplar para su hermano que es ciego; yo pensé que me traería un librito pequeño, pero son unos cartones tremendos. Bueno, volviendo a la pregunta inicial, repetiré que los lectores de mis obras posiblemente encuentran en ellas una experiencia vital que se comunica. No pretendo, de modo alguno, que estén exentas de errores y de fallas. Cuando releo trabajos míos las encuentro y, por ello, en ediciones nuevas, he cambiado algunas cosas. Solamente hay dos tipos de seres que no cometen errores, uno sería el Eterno y los otros, por ejemplo, las piedras, que tampoco se equivocan. Los que estamos en medio cometemos muchísimos errores que, claro, debemos de ir superando.

Nos ha hablado de la forma en que se acercó a la cultura náhuatl y de sus estudios en este campo. ¿Podría contarnos ahora cómo surgió su interés por la Baja California?

La Baja California es una región completamente diferente a la mesoamericana; de hecho, son dos contrastes extremos. Sólo conozco a otra persona que, al igual que yo, se acercó a ambas áreas y es un personaje que me resulta muy simpático: Francisco Javier Clavijero. Se dedicó a la historia prehispánica y durante su destierro en Bolonia, Italia, donde radicó al ser expulsado junto con el resto de los jesuitas, escribió la *Historia antigua de México*. También, a pesar de que nunca había estado en la península, redactó una historia de la antigua Baja California. Lo hizo gracias al contacto con misioneros jesuitas que trabajaron en la región, entre ellos Miguel del Barco, autor de una crónica importantísima que había estado inédita y que tuve la posibilidad de publicar en el Instituto de Investigaciones Históricas,

en dos ediciones, además de una traducción que se hizo al inglés. Bueno, pues Clavijero, basándose en Miguel del Barco, redactó su obra sobre Baja California.

A mí, esta región me atrajo de una manera curiosa. Cuando estudiaba la primaria una maestra afirmó que Baja California pertenecía a Estados Unidos. Yo levanté la mano para decir que creía que era de México; ella contestó: "ya te dije que toda California es de Estados Unidos, pues nos la quitaron en la guerra". Insistí que formaba parte de nuestro país y entonces me sacó de la clase por rebelde. Cuando llegué a mi casa le pedí un mapa a mi padre y juntos confirmamos que pertenecía a México, pero ya no se lo dije a la maestra porque pensé que no sólo me iba a expulsar de la clase sino también de la escuela. Desde entonces, me quedó grabada la cuestión de Baja California, tema que me interesaba muchísimo. Finalmente tuve ocasión de visitarla y de recorrerla, junto con mi esposa, antes de que existiera la carretera transpeninsular y cuando la parte sur todavía era territorio. La región me fascinó. Estando allí quise saber qué documentación podía encontrar en la península y, en La Paz, pregunté por la existencia de archivos. Me veían como si buscara elefantes o camellos; nadie sabía nada de documentos, hasta que alguien comentó que en la azotea de la cárcel había una serie de papeles viejos. Nos dejaron subir acompañados por un preso de confianza que nos guió y nos dijo que cuando se tiró el Palacio de Gobierno —un edificio muy bonito de la época porfiriana— no habían sabido qué hacer con los papeles que estaban allí y los habían llevado a la prisión, lo cual en cierta manera fue bueno porque allí se quedaron presos, sin que se los robaran. Cuando empezamos a buscar encontramos algunos documentos manchados de sangre. Le pregunté al preso el porqué, pensando que quizá se ha-

brían manchado durante una batalla, pero me contestó que en realidad en ese cuarto se interrogaba a los sospechosos que se negaban a confesar y que, al resistirse, eran golpeados; los presos se limpiaban luego la sangre con los papeles.

Bueno, pues de pronto localicé un documento que decía "Carta de la adhesión de la California a la República Federal de 1824". Me dije, si lo encuentra otra persona luego lo hallaremos en Estados Unidos, en la Biblioteca Bancroft, en la de Texas o en la Newberry. Fui a ver al gobernador del territorio, que era el licenciado Cervantes del Río, y le sugerí que por lo pronto era necesario poner tres candados en el cuarto, mientras que mandábamos a dos personas del Instituto de Investigaciones Históricas para que organizaran el archivo y sellaran los documentos. Fueron enviadas Guadalupe Pérez San Vicente y Beatriz Arteaga, esta última era una técnica académica. Ambas habían trabajado mucho en el Archivo General de la Nación. Una vez organizado el archivo se instaló adecuadamente. Hoy en día, se encuentra en el edificio de la Dirección de Cultura y está bien clasificado, cuenta con estantería y mesas de trabajo y lo visitan muchos investigadores. Buena parte de esa documentación se microfilmó, de manera que aquí en el Instituto tenemos una copia. Es un repositorio importantísimo, pues contiene mucha documentación no sólo de la Baja California sino también de la Alta California.

A partir de entonces visito frecuentemente Baja California, tanto la parte sur como el norte, donde se encuentra la Universidad Autónoma de Baja California. Hay que decir que el norte es más dinámico. Cuenta con poblaciones muy grandes, como Mexicali, Ensenada, Tijuana y aun Tecate. Siendo todavía director de este Instituto hablé con el rector de la Universidad Nacional, que era el doctor Soberón, y le propuse que creáramos un Centro de

Investigaciones Históricas en forma conjunta con la Universidad Autónoma de Baja California. El convenio se firmó con Luis López Moctezuma, rector de esta institución, nada menos que en el observatorio de San Pedro Mártir, allá en la sierra, un lugar precioso. Esto ocurrió hace aproximadamente veintidós años, el año de 1975. Poco a poco, diversos estudiantes fueron haciendo sus tesis de licenciatura o de maestría sobre esta región. Actualmente es un centro —hoy ya Instituto— bastante floreciente que cuenta con varios becarios, con publicaciones, con su edificio propio, de tal manera que es un núcleo de irradiación de conciencia histórica estratégico en la frontera con Estados Unidos. A partir de su fundación, en el norte de Baja California, empezaron a concentrarse otros centros de investigación: aparte de las unidades de la propia Universidad de Baja California, tenemos varias ramas de la UNAM, como la Escuela de Ciencias Marinas en Ensenada, el Observatorio Astronómico que depende del Instituto de Astronomía y un centro del Instituto de Física. También se han erigido allá El Colegio de la Frontera Norte, así como unidades del Tecnológico de Monterrey y de la Universidad Iberoamericana. En síntesis, entre Ensenada y Tijuana se ha creado un importante núcleo de docencia e investigación, lo cual debe alegrarnos mucho.

Como investigador he incursionado con gran interés en esta región. Publiqué la obra del padre Barco, que es importantísima y que se considera casi como la biblia de la historia de Baja California del siglo XVIII. Más tarde, preparé obras como *Testimonios sudcalifornianos*, *Cartografía y crónicas de la Antigua California* y algunos otros trabajos.

Hace poco estuve en Loreto, porque se conmemoraron los trescientos años de su fundación. Considero que la entrada de los jesuitas a la zona representa

una epopeya y una tragedia a la vez. Es una epopeya porque lograron lo que no habían conseguido antes los conquistadores españoles, desde Hernán Cortés. La obra misionera es antecedente de la California actual. Pero es una tragedia porque el contacto trajo a los indios enfermedades y la imposición de formas de vida muy distintas a las suyas, lo que ocasionó un desastre demográfico que prácticamente acabó con la población indígena.

Retomando la alusión que hizo usted hace unos momentos a su seminario en la Universidad Nacional, nos gustaría que nos hablara un poco de su labor docente: ¿qué nos puede decir de su magisterio y de sus alumnos después de haber enseñado por más de cuarenta años?

Como profesor siempre he estado vinculado con la Facultad de Filosofía y Letras; siempre he dado clases ahí. El Instituto de Investigaciones Históricas no se dedica propiamente a la docencia, pero, como todos los institutos de la Universidad Nacional —tanto los de humanidades como los de ciencias—, está relacionado con las facultades y escuelas donde se enseñan las disciplinas correspondientes. La inmensa mayoría de los miembros de este Instituto dan clases; son pocos los investigadores que no lo hacen o que no dirigen tesis. Creo que nadie está más capacitado para la docencia que el investigador, porque es quien está enriqueciendo el campo del conocimiento y puede transmitir mejor ese conocimiento. Desde luego, éste tiene que tener ciertas dotes de maestro, pero creo que todo el que se esfuerza puede adquirirlas.

A lo largo de más de cuarenta años de enseñar en la Facultad de Filosofía y Letras, he tenido alumnos muy distinguidos, mexicanos y extranjeros. Alfredo López Austin, por ejemplo, cuyas aportaciones

no hace falta ponderar, asistió a mi seminario durante doce años seguidos. López Austin primero trabajó conmigo en el Instituto Indigenista Interamericano; después fue secretario de este Instituto, mientras yo fui su director. También fueron mis alumnos algunos investigadores que ahora están aquí en el Instituto: Víctor Manuel Castillo, Josefina García Quintana, José Rubén Romero y Patrick Johansson. Entre otros participantes en mi seminario, debo mencionar a Jorge Gurriá Lacroix, Carlos Martínez Marín, Rosa Camelo, Elsa Cecilia Frost, Beatriz de la Fuente y la propia Mercedes de la Garza. Sin exageración ninguna, puedo decir que por mi seminario han pasado unos treinta estudiantes mexicanos o más, que se han dedicado a la cultura náhuatl, investigadores que se formaron, al menos en parte, en este seminario.

Entre mis alumnos extranjeros más reconocidos está, por ejemplo, Rudolf Van Zantwijk, de origen holandés, quien trabaja ahora en la Universidad de Utrech, y ha hecho contribuciones muy importantes a la historia del México prehispánico. Voy a referir una anécdota suya. La primera vez que Van Zantwijk vino a México, en 1957, creía que en nuestro país todo el mundo hablaba náhuatl y, como él ya sabía la lengua —la había aprendido solo—, al llegar al aeropuerto se dirigió a los que cargaban las maletas en náhuatl. Los maleteros le dijeron: “mire, nosotros holandeses no entendemos, hablemos en inglés; a ver si le podemos ayudar”. Hace poco estuvo aquí, lo invité a mi seminario para que hablara de lo que estaba haciendo. Sigue trabajando muy intensamente y ha formado escuela tanto en Amsterdam como en Utrech.

También he tenido alumnos franceses, como Georges Baudot, que vino varias veces a mi seminario. Ahora está en Toulouse y ha sido director del Instituto de Estudios Pluridisciplinarios Latinoamericanos; tiene la revista *Caravelle* y

ha formado escuela. Me ha mandado varios de sus estudiantes; ahora mismo hay una aquí en mi seminario y han venido otros. Jacqueline de Durand-Forest es otra francesa que fue mi alumna. Hoy en día es directora de Investigación en el Centro Nacional de la Investigación Científica de Francia. Patrick Johansson, también francés, asistió a mi seminario no sé cuántos años; ahora está aquí de investigador y es mi adjunto. Habla muy bien náhuatl y también está haciendo escuela; imparte clases en la Universidad de Puebla. Por otro lado está Birgitta Leander: ella es sueca; coincidimos en París cuando yo representaba a México en la UNESCO. Vino a México gracias a una beca, cuando mi seminario comenzaba, y se enamoró de la cultura prehispánica. Cambió su vida y se dedicó intensamente a la investigación, y ha publicado varios códices. Hace poco hicimos juntos un libro que editamos en París, una antología en francés de la literatura náhuatl desde lo más antiguo hasta lo más reciente.

He tenido también alumnos alemanes, polacos, españoles e italianos, así como japoneses e israelíes; por supuesto muchos norteamericanos y canadienses. Así que es variadísimo mi seminario, asisten gentes de los cuatro rumbos del mundo; ahora tengo por ejemplo una japonesa, dos coreanos, una sueca, una francesa, dos canadienses, norteamericanos, españoles y mexicanos. De modo que ha habido una irradiación muy grande. Esto es otra prueba de que el pasado prehispánico pertenece a la historia universal. Naturalmente que no todos los que asisten al seminario se especializan en la historia prehispánica: de cada diez habrá uno o dos que se dedican para siempre al tema. Pero eso es normal, porque muchos vienen sólo por el interés de complementar sus estudios de historia de México.

Lo más interesante es que también participa en el seminario gente de estirpe

náhuatl. Desde hace alrededor de quince años, empezaron a asistir a mi seminario sobre todo maestros normalistas, como Librado Silva Galeana, Francisco Morales Baranda, Natalio Hernández, Delfino Hernández, Cayetano Juárez y Alfredo Ramírez, que venían de diversos lugares del área náhuatl. Y esto ha venido a enriquecer notablemente al seminario. No se trata de un grupo homogéneo, sino que hay grandes diferencias entre ellos; por ejemplo, entre los que vienen de zonas nahuas urbanas —como Santa Ana Tlacotenco, en Milpa Alta— y los que vienen de zonas rurales. Pero aun los “nahuas urbanos” conservan su lengua: siguen hablando una variante cercana, en un noventa por ciento, a los textos. Cuando estos alumnos llegaron al seminario no conocían la gramática; algunos no creían que se pudiera escribir la lengua —a pesar de que el náhuatl se escribe desde la década de los años veinte en el siglo xvi. Ahora, conocen la gramática perfectamente, y el náhuatl es una lengua con una polisíntesis muy compleja, de modo que hay que conocer a fondo su estructura para entenderlo bien. La presencia de estas personas de estirpe náhuatl en el seminario es vital para mí. He realizado algunos proyectos con los alumnos de origen náhuatl. Por ejemplo, Librado Silva y yo editamos los *Huehuetlaltolli, testimonios de la antigua palabra*, que es uno de los textos más antiguos de la sabiduría indígena. Librado hizo la traducción —nunca antes se había traducido en forma completa— y yo la introducción. El libro fue publicado por la Comisión Nacional Conmemorativa del Encuentro de Dos Mundos, en 1992. Se hizo una edición facsimilar porque no quedaban más que dos ejemplares de una edición de 1600. Después, la Secretaría de Educación Pública y el Fondo de Cultura Económica lo reeditaron con un tiraje de más de 600 000 ejemplares, aunque ya sin el facsímil.

Si me preguntaran sobre mi seminario en estos momentos, les diría que está enfrentando el problema del número de alumnos. Antes tenía yo entre ocho y doce estudiantes; ahora son alrededor de treinta, que es un número demasiado elevado para un seminario. Sin embargo, no los rechazo. Unos vienen del diplomado de estudios mesoamericanos y otros de la carrera de historia; también tengo lingüistas, arqueólogos, etnólogos, médicos y psicólogos. Asisten porque les interesa la experiencia mesoamericana, su historia, y ven que en ella hay algo muy valioso.

Nos ha hablado de sus libros y de su magisterio, quisiéramos pedirle ahora, para armar un cuadro más completo de su obra, que se refiriera a la revista que ha dirigido usted desde hace cuatro décadas, Estudios de Cultura Náhuatl. ¿Cuál ha sido la historia de esta publicación, su repercusión...?

Estudios de Cultura Náhuatl se creó en 1959, hace casi cuarenta años. La fundamos el padre Garibay y yo con el objeto de publicar estudios monográficos de autores de diversos orígenes, de investigadores de todo el mundo; también para reproducir documentos indígenas y para sacar a la luz noticias sobre lo que ocurre en los estudios nahuas. La revista ha cumplido sus objetivos, ha dado cabida a trabajos de investigadores de muchísimos países y ha dado cuenta de una amplia producción sobre el tema. Se publican artículos en inglés, en francés y alguno que otro en alemán; por supuesto, también aparecen textos en náhuatl.

Al principio *Estudios de Cultura Náhuatl* era una publicación eventual, como lo fueron otras que ha tenido el Instituto. Pero ahora aparece regularmente una vez por año. Ha crecido mucho, demasiado diría yo, porque ha llegado a te-

ner números de quinientas páginas. Y eso es demasiado: se hace difícil de manejar y los costos aumentan mucho. La causa es que recibimos muchos trabajos buenos, textos que el comité dictaminador considera que deben publicarse. Recientemente se nos pidió por parte del Conacyt que la revista apareciera dos veces al año con el fin de mantener una calidad de excelencia. Pero no lo creo necesario, hay cantidad de publicaciones en el mundo que son anuarios: en Alemania los *Jahrbuch*, en inglés los *Year Book* y la revista *Physical Anthropology*, entre otros; en francés nada menos que la revista de la Escuela de los Anales. No tiene razón el parecer del Conacyt. La revista se encarecería mucho de aparecer dos veces al año, además representaría mucho más trabajo.

La publicación de la revista es una tarea pesada. A mí me ha ayudado mucho Lupita Borgonio, una técnica académica admirable en verdad. Es la persona que tiene más tiempo de trabajar en el Instituto. Ella entró cuando la institución tenía un par de años de haberse fundado. Es una persona de una gran lealtad y de una capacidad de trabajo extraordinaria; de modo que todo lo que yo diga es poco. Inicialmente, trabajamos en la revista el padre Garibay y yo; después de su muerte, colaboraron Alfredo López Austin y Víctor Manuel Castillo. Pero, a partir de que ellos se separaron, sólo he contado con el apoyo de Lupita Borgonio. Esto me preocupa; yo quisiera que vinieran otras personas a ayudarme y que sean las que, a la larga, tomen el relevo. Les digo a algunos de los estudiantes que están por aquí que participen. Se lo he dicho a Patrick Johansson, a Pilar Máynez —que también fue mi alumna y que está ahora en la ENEP Acatlán—, a los propios alumnos de estirpe náhuatl. Nuestra revista ha sido un buen ejemplo. Algunos años después de fundada, el doctor Alberto Ruz, entonces direc-

tor del Centro de Estudios Mayas, quiso hacer una publicación semejante. La llamó *Estudios de Cultura Maya*, y explicó que seguía nuestro modelo no por mimetismo sino porque quería que las dos grandes culturas tuvieran producciones afines. Por otra parte, cuando dirigí el Instituto de Investigaciones Históricas quise establecer otras dos revistas siguiendo el modelo de la de *Cultura Náhuatl*: la de *Estudios de Historia Novohispana* y la de *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, que se fundaron entonces y siguen editándose. Eso me da mucho gusto porque, aunque yo me dedique al tema indígena, no estoy ciego frente a la importancia de los estudios sobre la Nueva España y el México moderno y contemporáneo.

Además de ser un espacio para difundir los estudios sobre la especialidad, *Estudios de Cultura Náhuatl* ha servido para incentivar a las personas de origen náhuatl a producir nueva literatura. La revista tiene una sección de creatividad actual en náhuatl. Por otro lado, lo que pasa en esta lengua náhuatl influye en otras. No olvidemos que el náhuatl fue *lingua franca* en Mesoamérica y que hasta el siglo XVIII era lengua de comunicación general entre los grupos indígenas. La revitalización del náhuatl ha influido en otras lenguas de tal manera que, hoy día, al menos en una veintena de lenguas mesoamericanas se está produciendo literatura.

¿En qué aspectos considera usted que sus ideas y sus trabajos han marcado la forma de acercarse a la historia prehispánica?

Desde que empecé a trabajar textos nahuas me interesé por lo que podríamos llamar el punto de vista del otro. El camino para hacerlo era a través de los testimonios que ellos, los nahuas, nos de-

jaron. Para lograrlo, era necesario conocer su lengua; de otra manera todo intento resulta ingenuo, yo diría casi absurdo: ¿cómo entender al otro si no se sabe lo que dice? Las traducciones son insuficientes. De ahí surge una primera regla: hay que conocer la lengua y conocerla estructuralmente lo mejor posible.

Una vez que se conoce la lengua, hay que acceder a las fuentes y estudiarlas. Hay que intentar acercarse lo más posible a la mentalidad que se expresa en los textos, a través de las metáforas, de los rasgos estilísticos. Para lograrlo es necesario, aunque no basta, conocer la lengua y contar con grandes diccionarios —que asimismo no los tenemos. Hay que acercarse además a muchos otros testimonios, como a los códices. Cada vez me convenzo más de que los textos fueron las palabras que brotaron de los códices y de la tradición antigua. Hay que acercarse a los códices, tanto a los pocos que tenemos prehispánicos como a los muchos que tenemos de la época colonial. También hay que acercarse a la arqueología para entender los textos. Esta disciplina estudia realidades que tienen mucha relación con nuestros textos. Por ejemplo, cuando se descubrieron las ruinas del Templo Mayor pudimos leer literalmente, con los textos, qué significaban aquellos monumentos: el Templo Mayor era el Coatepec, reactualización del cerro de la serpiente donde nació Huitzilopochtli, y arriba estaba la realidad dual con su madre Coatlicue; estaban Tláloc y Huitzilopochtli —este último nació ahí—, y vimos cómo cuando nació se le enfrentó a su hermana la Coyolxauhqui y a los 400 guerreros del Sur; entonces tuvo él que vencerlos con la serpiente de fuego, la Xiuhcōatl, y en varias etapas constructivas volvía a aparecer otra Coyolxauhqui. Y luego leemos y vemos en los códices que en la fiesta de Panquetzaliztli se reactualizaba toda esa

lucha y tenemos textos que nos lo describen con todo detalle. Los textos pueden hacer hablar a las piedras. Las diferentes disciplinas se complementan para entender mejor la realidad.

En fin, mi método ha consistido en acercarme a los textos nahuas sobre una base lingüística y filológica para captar, hasta donde sea posible, el pensamiento de sus autores. Después hay que ser lo más literal posible, sin violentar la lengua receptora —el español, en este caso. También hay que tomar en cuenta los códices y el mundo de la arqueología. Bueno, pues de esta manera escribí *La filosofía náhuatl*, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, ya no digamos *Visión de los vencidos*, que básicamente es un conjunto de textos indígenas. Y este método creo que ha influido en varios de los estudiosos que me han seguido. Yo nunca me he afiliado a una corriente teórica de la historia como el historicismo, el marxismo, el estructuralismo o las mentalidades. He leído sobre esto, me ha interesado mucho, pero pienso que muchas de estas teorías son modas. Evidentemente que todas ellas dejan un sedimento positivo, pero pasan luego. Si bien me han interesado las teorías, yo he buscado sobre todo el acercamiento a las fuentes y en eso creo que ha habido mucha gente que me ha seguido.

Para concluir esta entrevista queremos que, desde su perspectiva de historiador de las culturas prehispánicas, nos hable sobre la problemática actual del mundo indígena.

Me ha interesado mucho la realidad contemporánea, desde los años en que estuve cerca del doctor Gamio. Después, haber dirigido el Instituto Indigenista Interamericano me permitió estar en contacto con grupos indígenas de muchos

lugares: desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. Entonces me di cuenta de sus diferencias, también de su gran semejanza: la de haber sido objeto de explotación, de discriminación, de repulsa, de imposición...

Los pueblos indígenas son los más antiguos del continente, antes de ellos no había nadie. ¿Cómo no van a tener el derecho a guiar su destino, a tener sus territorios, a hablar su lengua? Por mucho tiempo se les tuvo aislados, sin acceso a la educación. Pero hoy en día hay indígenas muy preparados, profesionistas. Es ejemplar el caso de Ireneo Rojas, un purépecha que estudió física en Alemania y que está interesadísimo en la defensa de su cultura. También conozco a Víctor de la Cruz, abogado zapoteca del istmo de Tehuantepec, quien está muy interesado en lo mismo. Él dirige un seminario de cultura zapoteca en el CIESAS y en la Universidad Benito Juárez de Oaxaca. Estoy dispuesto a expresar mi pensamiento y a luchar —y lo he hecho ya en artículos y conferencias—, a apoyar las demandas indígenas que considero justísimas y nada peligrosas para México.

No se debe confundir el reclamo de autonomía con el de soberanía. La Universidad Nacional es autónoma, pero no es soberana. La autonomía consiste básicamente en la capacidad de un grupo para autodeterminarse, es decir, para elegir a sus propias autoridades, administrar sus recursos, buscar una representación propia fuera de las comunidades —ante otros organismos e instituciones y en otros niveles del gobierno y la administración pública—; también para mantener sus usos y costumbres, cuando no estén en contra de las leyes generales. De hecho, hay grupos que actualmente gozan de una autonomía *de facto*: por ejemplo, los yaquis. Ellos tienen un territorio propio que les reconoció el presidente Lázaro Cárdenas, y eligen a sus propias autoridades. Para

que todos los pueblos puedan gozar de estos derechos, el Congreso de la Unión tendrá que legislar, y también tendrán que hacerlo los estados. Será difícil lograr esto, pero si el problema no se atiende van a surgir más grupos que protesten, y la situación se puede volver sumamente peligrosa.

Creo que todos los que estamos dedicados a la historia de las culturas antiguas tenemos una responsabilidad muy grande frente a la problemática de los pueblos indígenas. Debo agregar que estos problemas no son exclusivos de México, los encontramos también en otros países de América Latina, en Canadá, en Estados Unidos y en la misma Europa. En Gran Bretaña, por ejemplo, están los irlandeses del norte, galeses y escoceses. Estos dos últimos tienen ya parlamentos propios. En España se ha resuelto la situación de los catalanes, vascos, gallegos y valencianos con las autonomías, aunque hay grupos que han asumido actitudes intransigentes. En África la situación es mucho más grave: los grupos étnicos fueron arbitrariamente divididos con el reparto que hicieron

los europeos. En fin, pienso que el gran reto del siglo *xxi* es vencer a las fuerzas empeñadas en hacernos a todos iguales, en cuyo extremo se encuentran los partidarios de la clonación, las grandes transnacionales y los países hegemónicos.

Los pueblos indígenas representan una fuerza importante para resistir esa tendencia; son un baluarte de identidades. Todos los mexicanos tenemos algo de indígena, tenemos mucho de su sensibilidad, de su alimentación, de su manera de percibir el mundo. Tenemos un gran repositorio de tradiciones indígenas para hacer frente a los embates homogeneizadores de la economía, las costumbres, la cultura. Todo esto confiere un interés adicional y muy grande al conocimiento de las culturas indígenas, las antiguas y las de los pueblos originarios. México será mucho más rico si se conocen y fomentan las diferencias culturales y lingüísticas que —sin mengua de su unidad como Estado nacional— existen en él. Ojalá que todos contribuyéramos a que esto, que es una realidad, también lo sea en nuestros ordenamientos jurídicos. □

